

HÁBITO NÚMERO CATORCE

LA SENSIBILIDAD SEGÚN EL CONTEXTO

“... a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos” (1 Corintios 9:22)

Este capítulo ha sido pensado para ayudarnos a ser mejores comunicadores. El capítulo anterior dejó establecido que la proximidad geográfica no garantiza una buena comunicación. Y si bien no deja de ser cierto que la cercanía puede constituir un primer paso, hay otras varias cuestiones que son asimismo importantes. El mensaje que llevemos es algo primordial. Para asegurarnos de que logramos transmitirlo, es necesario conectar en un primer momento a nivel social y cultural. Si aspiro a que me comprendas, tendré que plantearme primero ser capaz de hablar tu lengua y conocer tu entorno social y cultural. Además, tendré que hablarte de temas que te interesen -- o de los que admitas necesitar saber más -- para poder captar tu atención. Cuanto más capaces seamos de penetrar en otros mundos, y de tratar temas y cuestiones que sean de su interés, mayores probabilidades habrá de lograr una comunicación efectiva.

En el presente capítulo, nos ocuparemos de cómo mostrarse sensible ante determinadas situaciones o contextos relacionados con aquellas personas con las que pretendemos compartir la buena noticia del Evangelio. Esa información previa te servirá para incrementar tu eficiencia como comunicador, ya sea a nivel lingüístico o cultural, y dentro de un contexto intercultural o, simplemente, para poder acceder con mayor facilidad y soltura al mundo particular de un vecino y conocido. Puede que por razones de negocios establezcas contactos a nivel internacional. O puede, sin más, que alguno de tus vecinos o conocidos proceda de otros lugares del mundo, dada la cambiante multiplicidad cultural de la sociedad actual. En la medida en que nuestro universo propio se vaya reduciendo, se impondrá la necesidad de saber manejarse en mundos y culturas que ahora puede que todavía nos resulten ajenas. Por otra parte, pudiera ser también que tan sólo quieras poder comprender mejor a esas personas que han entrado recientemente a formar parte de tu “mundo” habitual. Esas otras personas puede que tengan una mentalidad muy distinta, o que pertenezcan a otra generación. Sea como fuere, será al comunicador al que le corresponda la tarea de mostrarse sensible a la perspectiva ajena. No es muy probable que la gente se tome la molestia de aprender estrategias de comunicación intercultural con el único propósito de entender nuestro mensaje. Es a nosotros a los que nos corresponde adaptarnos a su mentalidad, si es que queremos que presten atención a nuestras palabras. Cuando termines de leer todo lo relativo a este nuevo hábito, puede que sientas la necesidad de indagar más al respecto. Con ese fin, recomiendo muy encarecidamente la lectura de un libro excelente: *Christianity and Culture*, de Charles Kraft.

La historia que incluyo a continuación pone de relieve la flexibilidad de la que tiene que hacer gala un comunicador eficiente. El incidente en cuestión se ocupa de una situación específica, y nos da lecciones de cómo servirnos con eficiencia de la comunicación entre culturas distintas. Lo cierto es que no todo el mundo estará dispuesto a sumarse a nuestro enfoque personal del Evangelio; ni tampoco hay razón alguna que les obligue a ello. En ámbitos culturales distintos, pueden resultar mucho más eficaces en ese empeño modos de expresión muy distintos.

LO PRINCIPAL Y LO SECUNDARIO

En un verano no muy lejano, estaba ya a punto de terminar mi visita de cinco días a un país musulmán. Mi anfitrión había preparado una entrevista para las 9:00 de la mañana, antes de continuar mi viaje a la India en avión. Mi anfitrión – musulmán de nacimiento y cristiano convertido – se había tomado mucho interés en informarme que la persona en cuestión había insistido en hablar conmigo, pero que “casi con toda probabilidad no iba a ser la persona más importante de cuantas había conocido.” A pesar de ello, yo estaba dispuesto a seguir adelante con lo convenido aun sin saber la grata sorpresa que me aguardaba.

Rafique lucía una barba que cuadraba bien con la indumentaria árabe típica de su país. Se había hecho acompañar de su amigo Mohamed, profesor de sociología aplicada. A pesar de que éste último iba vestido a la europea, exhibía los mismos modales árabes de Rafique. Rafique trabajaba en la Sanidad pública, mientras que Mohamed daba clases en un instituto público. Ambos eran representativos de lo que un experto en misión calificaría de “creyentes” nativos sensibilizados al problema de la fe desde la perspectiva musulmana – creían en Isa (Jesús) como modo de recibir el favor de Alá, y nunca se referían a sí mismos como “cristianos”. De hacerlo, tan sólo conseguirían distanciarse del círculo de familiares y amigos a los que precisamente querían convencer con su nueva fe.

Según escuchaba a Rafique, se me iba haciendo evidente que ambos hombres mostraban una sensibilidad especial hacia su entorno cultural, exactamente tal como yo aconsejo en el Seminario dentro de la asignatura Teología Contextualizada y Evangelismo. Ellos acostumbra a orar con las manos ligeramente elevadas y las palmas hacia arriba – tal como se les había enseñado a orar a Alá como musulmanes. Se referían a Jesús como “el Santo”, evitando el título de “Hijo de Dios”, que a ellos les resulta ofensivo. Tampoco hablan de la Trinidad, aun a pesar de creer en las tres personas del Credo. Desde la perspectiva musulmana, el término “Hijo de Dios” y las referencias explícitas a la Trinidad resultan ofensivas para una mentalidad que ve en ello las consecuencias de una conducta inmoral que resulta en un hijo bastardo. Tampoco emplean la palabra “iglesia”, y no utilizan la cruz como emblema o adorno. Se reúnen en casas particulares y dan en todo la impresión de ser musulmanes.

Ellos utilizan estrategias en consonancia con la visión musulmana de la fe. Los libros de instrucción para niños no contienen imágenes ni ilustraciones. Según se me informó, la representación de la figura humana como arte es ofensiva para su mentalidad. Ni Mahoma ni ningún otro profeta musulmán permitieron que su retrato fuera usado como propaganda de su fe. Por esa misma razón, se niegan a utilizar la película sobre Jesús. Rafique me explicó que sus amigos musulmanes no se negarían a ver esa película, pero ningún paisano suyo estaría dispuesto a creer, o siquiera respetar, a alguien que es tratado con tan poca consideración como para ser tema de cuadros o argumentos de cine.

Según me explicó Rafique, la vida de Jesús había sido transcrita en lengua árabe según el estilo coránico. Está comprendida en 30 capítulos; los mismos que contiene el Corán. Para distinguirlos, no se utiliza el nombre del autor bíblico (Marcos, Juan, etc.) porque los musulmanes no utilizan los nombres propios de ese modo. En su lugar, recurren a títulos alusivos al contenido (“El Pesebre”; La Nueva Vida”) que hace de los Evangelios

algo mucho más asimilable. Y todos y cada uno de los capítulos empieza con la misma frase: “En el nombre de Dios...”; exactamente igual que en el Corán.

Por su profesión, Rafique cuida de la salud de las personas, y Mohamed instruye a sus alumnos. Pero su principal dedicación es la difusión de la Buena Nueva de Isa (Jesús). El despacho de Rafique sirve de aula bíblica una vez a la semana, y allí tienen también la comunión con pan y agua. No celebran, sin embargo, ni la Navidad ni la Pascua. De hecho, siguen asistiendo con regularidad a la mezquita local para la oración del viernes. Las mujeres musulmanas son difíciles de convertir porque temen a la reacción de sus maridos. Con los hombres, en cambio, las posibilidades de conversión son mayores. Las mujeres, además, siguen a sus maridos si éstos se convierten. Por esa razón, Rafique concentra sus esfuerzos en los varones.

Los cristianos presentes en esos países, se permiten decirles que no son verdaderos cristianos porque no celebran ni la Navidad ni la Pascua. Esa es la razón de que Rafique y sus colaboradores tengan que seguir adelante con su tarea en solitario, sin poder contar con el apoyo y la colaboración de sus hermanos en la fe de Occidente. Rafique me preguntó si yo podría enviarle material cristiano para adaptarlo al contexto musulmán. De muy buen grado, me encargué de que recibiera incluso más de lo que había pedido.

¿Fue correcto animar a Rafique a seguir evangelizando a su manera? ¿Hice bien en enviarle el material solicitado? ¿Fue acertado darle permiso para lo adaptara a sus necesidades? ¿Cuánto hay de esencial y cuánto de meramente cultural en el mensaje cristiano? ¿De qué tradiciones podríamos prescindir sin comprometer el núcleo esencial de nuestra creencia? ¿Qué podemos hacer para facilitar la conversión sin violentar patrones culturales? ¿Qué elementos hemos ido añadiendo nosotros a los requisitos exigidos para alcanzar la Salvación? ¿Cómo podríamos mostrarnos más abiertos y sensibles ante las circunstancias ajenas para fomentar un intercambio más fructífero? ¿No estará Rafique haciendo precisamente lo mismo que hicieron Marcos, Mateo, Lucas y Juan, en su momento, para adaptar su mensaje a la mentalidad de sus receptores – judíos, romanos, griegos, y el mundo en general? Por último, aun no haciéndolo en público, ¿cómo confiesa ante los hombres su fe en “Isa” un musulmán? ¿Cómo puede este nativo árabe evitar caer en un cristianismo aguado por la influencia continuada de su cultura islámica? Dicho en otras palabras, ¿cuáles son, en realidad, los valores básicos y esenciales de la fe cristiana, qué es meramente accesorio, y cuánto hay de sincretismo en nuestra presentación del Evangelio? Más adelante, volveré sobre Rafique y Mohamed tras analizar algunas de estas cuestiones con mayor detalle.

DIOS COMO COMUNICADOR

En la colección de libros que Dios nos ha legado, podría perfectamente habernos abrumado con fórmulas matemáticas, ecuaciones, particularidades astronómicas, cosmología, fórmulas químicas, entramados moleculares, e información geológica y atómica. Su vasta complejidad habría confundido al propio Einstein y, a no dudar, incluso él habría implorado a su Creador por un esquema más sencillo. En vez de eso, Dios ha tenido a bien servirse del pastor Amós, y de Pedro, el pescador, y también de los muy sabios Moisés y Pablo, para hilar unos relatos, escritos en un lenguaje cotidiano y fácil de leer, que hablan directamente a nuestra experiencia y a nuestro corazón. El resultado final ha sido tan perfecto en lograr su objetivo que son muchos los

que afirman que no es “más” que un libro humano. A efectos de la actividad misionera, la sensibilidad que se evidencie respecto a la cuestión cultural, desde la perspectiva de la comunicación, corresponde al término “contextualización” – la adaptación necesaria a un medio cultural diferente. Dios mismo contextualizó Su mensaje con tanta habilidad que, hoy día, son muchos los que no se dan siquiera cuenta de que en los relatos y en los discursos se encuentran ocultas verdades divinas que superan la esfera de lo meramente natural.

Hubo una vez un hombre que cumplió a la perfección el papel de una persona como cualquier otra. Y aun cuando los milagros se sucedían allá donde Él iba, y las palabras que salían de Su boca estaban llenas de sabiduría, la mayoría siguió pensando que se trataba de hombre como los demás, sin darse cuenta cabal de que Dios mismo se había ocupado de situarse a Sí mismo en un contexto tan natural y cotidiano que hacía difícil reconocer Su procedencia divina. Incluso hoy día, Dios se manifiesta en nuestro contexto humano de forma tan natural que, en ocasiones, nos sigue costando trabajo hacernos a la idea de que Su origen es muy distinto. ¡En eso consiste precisamente la contextualización! La verdad seguía oculta – por voluntad Divina – pero aun así revelada – tal como Dios había dispuesto.

Dios es un comunicador perfecto, adaptando al detalle Su mensaje según nuestras necesidades y circunstancias. Con maestría y dominio absoluto, Su Palabra, que es eterna, proporciona la información necesaria para una comprensión continuada en un mundo cambiante. Dios se ha ocupado de que todas sus criaturas puedan tener acceso a esa información según su entorno vital. Así, ha tenido en consideración no sólo las debilidades y peligros a los que está expuesta la frágil humanidad, sino también su multiplicidad cultural. En términos misionológicos, diríamos que está orientado hacia el receptor. Conocedor de los canales por los que discurre la interpretación de lo que nos rodea en determinado momento y distinto entorno cultural, ajusta la emisión de Su mensaje dentro de unas coordenadas comprensibles. Así, se sirvió de los ángeles para anunciar la Buena Nueva a unos pastores que sí creían en ellos. Envio un cometa a unos astrólogos que sabían cómo interpretarlo. Por poder anticipar la respuesta, Dios no tiene necesidad de preguntarse primero, “¿Cómo podrían entender esto mis criaturas?” Sin embargo, dadas nuestras limitaciones, nosotros sí hemos de plantearnos esa pregunta para poder hallar la respuesta más oportuna.

Para hacer frente de la mejor forma posible a este tema crucial de la contextualización, tenemos que fijarnos en primer lugar en el ejemplo que Dios mismo nos da. Nosotros debemos, y podemos, adaptar nuestro mensaje para que sea relevante en el mundo actual y según las distintas circunstancias externas. Lo que digamos y presentemos tendrá que ser operativo ya sea para América o para cualquier otro continente de nuestro mundo. Al contextualizar, estaremos simplemente adaptando ese Mensaje eterno a la realidad circunstancial de determinadas personas en determinado lugar. Si lo hacemos como es debido, nadie podrá escudarse en la excusa fácil de la irrelevancia local. Si el mensaje es, pese a todo, rechazado, debería ser por razón de los que lo oyen, no por defecto en nuestra presentación del mismo.

LA PALABRA SEGÚN LAS DISTINTAS CULTURAS

Las palabras humanas no son más que meros símbolos a los que asociamos un significado. Nuestro punto de interés debería radicar precisamente en ese posible

significado, y no tanto en las palabras concretas que usemos. Cuando se traduce, se aspira a transmitir el sentido, no exactamente las palabras usadas. El significado, y su sentido, primará sobre el vocabulario en particular. Debemos, pues, estar dispuestos a sacrificar nuestra terminología en beneficio de una comunicación más efectiva. Eso supondrá, en ocasiones, tener que renunciar a determinadas palabras que nos son muy queridas, y qué tanto sentido tienen para nosotros, con el fin de mantener un nivel aceptable de comprensión. Dios mismo da ejemplo de estar más interesado en llegar a todos con Su mensaje que en el uso de un vocabulario concreto. Personalmente, creo que merece la pena seguir ese ejemplo. En la teoría de la traducción, eso recibe el nombre de traducción equivalente dinámica. Esa forma de traducir consigue el mismo impacto en la cultura receptora que el logrado en origen. Las traducciones dinámicas equivalentes pueden así recurrir a un vocabulario alternativo que tiene, en esencia, el mismo sentido. En el otro extremo, se podría mantener el vocabulario, pero sacrificando el auténtico sentido.

Existe en el mundo un pueblo que no tiene costumbre de trancar la puerta de entrada. Cuando se presenta un visitante, lo hace saber a voces desde fuera, hasta que oye una voz de dentro que le invita a entrar. Dada esa costumbre, si un ladrón quiere robar en una de esas casas, no delata su identidad a voces, se limita a golpear con los nudillos en la puerta, y espera. Si hay alguien dentro, y pregunta que quién llama, se da media vuelta, sin identificarse. Así, resulta que, entre esas gentes, los amigos se identifican con la voz y los ladrones se escudan en el aldabón. ¿Cómo traducir entonces Apocalipsis 3:20 “He aquí yo estoy a la puerta, y golpeo”? Si mantenemos el verbo del original, se corre el riesgo de trastornar el verdadero sentido; pero si se recurre a un verbo alternativo, y pusiéramos “llamo”, el sentido se mantendría adecuadamente. En mi experiencia personal, son numerosas las ocasiones en las que me he servido de este ejemplo para lograr una comunicación verdaderamente efectiva.

Como creyente responsable, plantéate muy en serio ser adecuadamente sensible ante culturas y costumbres distintas a la tuya. Tanto si es en el extranjero, como si se trata de responder ante la multiplicidad étnica de tu propio país, se impone el adaptarse a las distintas mentalidades para poder comunicar con eficacia la Buena Noticia. Siéntete en libertad para utilizar las metáforas, los símbolos, los dichos, las expresiones, e incluso las bromas propias de las gentes entre las que estés trabajando. Todo eso ayudará a contextualizar de forma más adecuada el Mensaje que queremos compartir. Y nada de malo hay en recurrir a métodos y vocabulario que mejor nos ayuden a ello.

A lo largo de los tiempos, los pueblos se han servido del material – piedras, barro, o madera -- que más a mano tuvieran para hacerse una vivienda. Un conocido teólogo califica los resultados de “arquitectura vernácula”. Esto ejemplifica la necesidad natural de construcciones hechas a partir del material propio que mejor cuadra con el entorno. Esas construcciones son con frecuencia de una gran belleza y casi siempre están en consonancia con la cultura que las sustenta. Ahora bien, si en el terreno de lo material es posible dar forma a una arquitectura vernácula, ¿no podrían igualmente, en el terreno de lo espiritual, crear los creyentes una teología vernácula espontánea? De hacerse en la debida forma, podría evitarse la siempre arriesgada interferencia que se sigue de la imposición de unos patrones culturales extraños al contexto donde se quiere trabajar.

EL VERDADERO SENTIDO Y CÓMO COMUNICARLO

Los cristianos expertos en comunicación se esfuerzan por averiguar cuál sea la auténtica verdad universal aplicable a todas las culturas y en todo tiempo y lugar. Su trabajo refleja ese deseo de presentar la verdad en maneras comprensibles en cada distinto contexto cultural. Dios es el artífice y Creador de todas las razas que pueblan la tierra y es deseo suyo que todas ellas le conozcan personalmente. Lo que Él ha querido comunicar de Sí mismo lo encontramos en la Biblia, expresado como una verdad universal que trasciende las barreras geográficas y culturales. Ese sentido universal podríamos denominarlo verdad supracultural. Los autores de los distintos libros que componen la Biblia contextualizaron de forma natural e inmediata el contenido de su mensaje. El que fuera así supone tener ahora que desentrañarlo y actualizarlo según el momento y la realidad presente. Es muy probable que esos escritores bíblicos no fueran plenamente conscientes de la gran verdad total a la que estaban ayudando a dar forma, habida cuenta que ellos no hacían sino adaptarse a la realidad circundante. En consecuencia, esa verdad universal, contenida en el núcleo básico de su mensaje, es lo que nos corresponde a nosotros hoy día contextualizar y articular de forma comprensible.

Visto desde esa perspectiva, es necesario saber algo acerca de las vides para poder captar el sentido de lo que Jesús nos dice en Juan 15:4. De igual manera, hay que saber por qué razón los pastores tienen que dormir a la puerta del redil de sus ovejas para entender el que Jesús sea nuestra puerta. Eso es precisamente lo que se nos quiere hacer ver en Juan 10:7. La verdad universal es que Jesús nos va a proteger de todo mal. El símbolo utilizado se corresponde con la función de la puerta. Cuando el buen pastor se hace cargo de esa puerta, ningún enemigo podrá entrar impunemente en el redil de sus ovejas. En el caso de la persona de Jesús, ese Buen Pastor está incluso dispuesto a dar Su vida por Sus ovejas. Todos los mensajes (y su sentido) de la Biblia necesitan ser entendidos y explicados de forma comprensible para los distintos lectores y oyentes en cada circunstancia y lugar. Esa “descodificación” supone tener que identificar, separar, y definir, y todo ello con independencia de la simbología contextualizada de cada una de las lenguas originales (hebreo, arameo y griego) en que nos ha sido transmitido ese mensaje universal imperecedero. Evitando, además, “contaminarlo” con posibles interpretaciones propias suscitadas por la cultura del comunicador de turno. Nuestro trabajo ha de consistir en trasladar ese mensaje básico, universal y válido en cualquier contexto cultural, utilizando una simbología comprensible y válida para la realidad cultural concreta del receptor. Esto se conoce como “codificación del sentido”, desde la perspectiva e idiosincrasia del receptor, y su función es la de hacerlo asimilable.

Examinemos otro de esos casos de descodificación y codificación con vistas a una transposición cultural. ¿Qué tenía en mente el apóstol Pablo al instar a las mujeres a dejarse el cabello largo? ¿No se trataba en realidad de honrar al esposo con ese hábito? En el Corinto del siglo I de nuestra era, la mujer se dejaba efectivamente el pelo largo en señal de respeto hacia su marido. El largo de su melena indicaba de manera apropiada según los patrones de esa cultura que se trataba de una mujer casada. El apóstol Pablo no quería dejar implícito que todas las mujeres tuvieran que hacer lo mismo en cualquier otro lugar y en entornos culturales distintos.

En la actualidad, en mi entorno social, yo diría, “Lleva puesto tu anillo de casada”; mientras que en algunas partes de África el consejo sería, “Usa el faldellín de pieles, no el de paja”. Esas diferencias culturales son precisamente las que hacen necesario, e incluso obligado, averiguar las costumbres de cada nuevo lugar donde se desee llevar el

Mensaje cristiano. Para ello, no hay por qué tener miedo a la hora de llevar a efecto las adaptaciones necesarias en aras de una comunicación más eficiente y eficaz de la realidad espiritual.

LA NECESIDAD DE UNA REFORMA CONSTANTE

Dos de las grandes reformas más conocidas han quedado registradas para siempre en el libro de los Hechos en su capítulo 15 y en la propia historia de la Iglesia, respectivamente. En la primera de ellas, en el concilio que tuvo lugar en Jerusalén, se tomó la resolución de que no era necesario que los nuevos creyentes gentiles procedentes de Asia Menor se circuncidaran. La segunda reforma fue la que tuvo lugar en forma de protesta en la Alemania del siglo XVI. En Hechos 15 leemos que ya no iba a ser necesario que las iglesias de Asia Menor continuaran observando las costumbres de los judíos. En tiempos del reformador protestante Lutero, los cristianos alemanes se enteraron de que no era obligado tener que observar todas las normas de la Iglesia de Italia – celibato del sacerdote, liturgia latina, etc. Para los creyentes del Asia Menor, eso suponía no tener que vivir como los judíos; mientras que en Alemania supuso poder adaptar la verdad contenida en la Biblia a su propio contexto cultural. Y ambos casos han de ayudarnos a nosotros a adaptar la práctica de la verdad cristiana a cada diferente situación cultural de la mejor forma posible.

Conforme van pasando los siglos, nuevas generaciones se suceden en un mismo espacio geográfico. Y esas nuevas gentes también tienen derecho a oír el mensaje eterno del Evangelio. Pero para ello se necesita actualizarlo de manera que su verdad interna resulte comprensible. A principios de la década de los 70, serví de pastor en una pequeña localidad de Canadá, en el Ontario rural. De forma simultánea, colaboraba también con la rama canadiense de El Pueblo de Jesús (Jesus People) fuera de la iglesia. Mi trabajo en esa organización consistía en preparar desfiles, encuentros multitudinarios, campamentos, retiros, y estudios bíblicos para jóvenes. Sin embargo, yo no era consciente de estar instintivamente contextualizando el mensaje, y el modo de transmitirlo, de manera consecuente con unos principios que ahora reconozco como universales. Lo cierto es que Dios no se siente amenazado por nuestros cambios de estrategia. Y en modo alguno se siente ofendido por la manera en que nos adoptemos a la mentalidad y las costumbres propias de pueblos muy distintos entre sí. En la difusión de la Buena Noticia, el factor psicológico y la sociología son bazas primordiales. De hecho, Dios no puede menos que sentirse satisfecho ante nuestros esfuerzos por tratar de encarnar ese Mensaje en nuevos pueblos, tal como Jesús se encarnó en el ámbito de lo humano. Dios anhela ser comprendido. El hacer posible esa comprensión siempre será mejor que perder el tiempo de los que nos escuchen con mensajes confusos que tan sólo servirán para poner en entredicho su relevancia.

LOS LÍMITES PERMISIBLES

A la hora de mostrarse sensible ante los distintos contextos, no todo va a ser aceptable. Las limitaciones serán siempre un hecho inapelable. De hecho, habría que empezar siempre por plantearse las posibles variaciones aceptables. Y de lo que no puede caber duda es de que siempre habrá algún camino alternativo. El famoso reformador Juan Calvino hizo ya notar en su tiempo la mayor flexibilidad en el manejo de términos evidenciada por los autores del Nuevo Testamento en comparación con los escritos del Antiguo. De hecho, se conformaban con que el texto antiguo citado fuera aplicable a la

situación del momento. Con ocasión de mi ministerio en el extranjero, me he servido de la cinta que marca el punto de lectura en múltiples ocasiones. Esa cinta me proporciona unos veinte centímetros de radio de acción para moverme en libertad en cualquier dirección. Pero lo cierto es que su principal función es la de recordarme que siempre habrá un último límite que tener en cuenta: el propio radio de acción de la Biblia misma. De igual forma, los textos pueden ser reinterpretados con el fin de actualizarlos. Pero nuestras enseñanzas tendrán que estar siempre en consonancia con el mensaje interno de las Escrituras. Este modo de proceder se conoce como “el freno bíblico”.

Si comparamos Marcos 2:26 con I Samuel 21:1-6 se hace evidente una cierta libertad interpretativa. Marcos dejó registrado que fue Abiatar el que dio los panes de la proposición a David. En I Samuel, en cambio, es Ahimelec el que proporciona ese pan. Tanto Abiatar como Ahimelec eran personajes auténticos, pero no eran la misma persona. Marcos (o su copista) sencillamente registraron un nombre equivocado; pese a ello, Dios no corrigió el error. La verdad esencial del evangelio de Marcos no queda afectada por esa discrepancia secundaria. Mientras se mantenga intacta la integridad del mensaje fundamental, es permisible un cierto grado de libertad en la elección de los términos. Al traducir o interpretar los textos bíblicos, podrán añadirse notas aclaratorias que faciliten su comprensión. La única excepción puede que sean las notas explicativas técnicas en el estudio erudito de los textos escriturales. Pero lo cierto es que, a nivel de nuestra tarea, la fácil comprensión al leer o al oír será nuestro primer objetivo. Los textos que necesitan continuas aclaraciones a pie de página son una distracción que puede evitarse.

LA REVELACIÓN A NIVEL PERSONAL

Toda revelación ha de ser comprensible a título personal para que sea verdaderamente reveladora. A la hora de intentar acercar a las gentes de otras culturas a la figura de Jesús, será pues necesario facilitar esa comprensión dentro de los límites permisibles. Las personas tienen que descubrir por sí mismas cómo aplicar las enseñanzas bíblicas a su vida dentro de su situación particular. Si verdaderamente creemos que el Espíritu Santo va a llevar a la verdad a todos aquellos con los que trabajemos, tal como lo hizo con nosotros en su momento, hay razones tanto espirituales como de estrategia para permitir esa libertad.

Acostumbramos a formar a los creyentes metiéndoles información en la cabeza. Pero lo cierto es que no siempre pueden asimilar todo lo que les decimos, ya sea por incapacidad propia o porque les resulta irrelevante a nivel personal. La cuestión es que las verdades espirituales más profundas necesitan ser reveladas antes de ser relevantes. Veamos de entender esto mediante una ilustración práctica. Los pegamentos más eficaces están integrados por dos sustancias que reaccionan químicamente al entrar en contacto para dar lugar a un adhesivo de gran potencia. La revelación viene a ser una de las partes de la combinación. Uno de esos dos componentes es la base (la Biblia) y el otro es el reactivo (el Espíritu Santo). Ambos componentes son necesarios. Necesitamos la Verdad escrita, pero también tenemos necesidad de una Revelación sensible a las diferencias culturales, y para ello hemos de tener en cuenta ese Reactivo espiritual que es el Espíritu Santo. Jesús dijo antes de partir que el Espíritu Santo sería nuestro Maestro. Él es el supremo Revelador, y no cesa ni un momento en hacer efectiva esa tarea.

Los misioneros destacados en otras tierras y los líderes de las iglesias nativas que sean capaces de colaborar corporativamente producirán el material educativo idóneo para esos otros contextos. Ninguna de ambas partes, sin embargo, podrá alcanzar el equilibrio por separado. Aquellos cristianos que decidan trabajar en solitario, puede que transmitan conceptos foráneos inadvertidamente; por su parte, los naturales del lugar tenderán a producir una mezcla indiferenciada de verdad revelada y cultura ancestral. Allí donde la verdad sea alterada al contextualizarse, o cuando las propias costumbres y creencias autóctonas sean presentadas como la verdad del Evangelio, el resultado no será sino el de un sincretismo adulterado. Una presentación adecuada del Evangelio de la Verdad Revelada ha de incluir una enseñanza de base bíblica, que sea relevante y aplicable en el nuevo entorno cultural y que apunte exactamente al nudo allí donde más apriete, o incluso que coopere a apretarlo aún más. Toda teología bien contextualizada ha de mostrar una naturaleza adaptable.

LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN

La Biblia está libre de errores en todo aquello que presenta como enseñanza inapelable, y la verdad básica de su mensaje ha de preservarse sin adulteraciones. Pero, aun esforzándose por mantener la integridad de ese mensaje, la adecuada elección de términos en la contextualización puede ser algo permisible – incluso esencial. A la hora de producir un material respetuoso con la ideología del lugar, los distintos intérpretes, traductores, y maestros deberán seleccionar su vocabulario con sumo cuidado y precaución. La primera cuestión que deberán plantearse será, “¿qué palabras expresarán más adecuadamente el sentido del original?”

Las diferentes culturas han de actuar como brújulas que apunten a las secciones de las Escrituras que más aplicables sean en cada caso. Los líderes de las iglesias nativas con los que colaboremos deberán tener libertad para seguir la dirección en que apunte su brújula. De no ser así, los creyentes nativos podrían perderse algo de vital importancia. ¿Le interesan a mi lector las genealogías? Personalmente, no me atraen demasiado; pero dado que algunos pueblos tienen la costumbre de llevar el registro de los antepasados de los personajes importantes, las genealogías que ofrecen los evangelios les señala la importancia de la persona que figura al final de cada lista. Los evangelios de Mateo y de Lucas presentan esa filiación al principio, aunque no serán muchos los pueblos que sepan apreciarlo en su justo valor. Cuántas aplicaciones provechosas podrían encontrarse para los distintos detalles conservados en las Escrituras con tan sólo ser capaces de dejar que cada pueblo decidiera por sí mismo lo que de mayor interés les resultara. La Biblia vendría a ser entonces un auténtico Libro vivo, y no un objeto de rígido estudio. Son muchas y muy valiosas las lecciones que estamos desaprovechando por no dejar que cada pueblo y nación haga sus propias preguntas y halle sus propias respuestas.

Tal como ocurre con la enseñanza y la formación académica, la localización y la forma en que se celebren las reuniones, el tiempo y el estilo adoptado en el culto, y la elección del personal colaborador debería también seguir una transposición equivalente. La configuración de cada colectivo deberá siempre ajustarse a las necesidades de la situación local, al igual que el pórtico de Salomón suplía las necesidades de los primeros creyentes de Jerusalén (Hechos 5:12). Si la iglesia actual no encaja en su contexto o pierde su percepción vital, su capacidad de emoción, y su espíritu dinámico, dejará de ser una auténtica iglesia apostólica.

Si nos empeñamos en conceder un valor desmesurado a cada palabra que leamos en la Biblia, o si, llevados de la rigidez, forzamos cada giro y expresión que encontremos en los textos, nos veremos incapaces de aplicar debidamente su verdad más profunda. Esa cerrazón puede incluso abocarnos a una penosa “Bibliolatría” (o adoración idólatra del texto) desviándonos de la genuina adoración debida tan sólo a Dios. Las palabras de Jesús: “De cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido” (Mateo 5:18), suelen ser objeto de una interpretación equivocada. Ese versículo no hace del texto escrito algo sagrada, rígido, e inflexible. Su intención es meramente enfatizar el hecho de que todo aquello que Dios haya prometido de antemano vendrá ciertamente a pasar. En modo alguno, pues, tiene que ver con la forma correcta de traducir los textos. Lo que se enfatiza es la perdurabilidad eterna de la genuina verdad bíblica.

La aplicación coyuntural de los textos es un componente principal de la teología contextualizada. Sin embargo, para poder efectuar un cambio de terminología sin que varíe su sentido es imprescindible mostrar una cierta flexibilidad a la hora de elegir el equivalente. Las palabras derivan su significado del pensamiento que las provoca. De ahí que lo auténticamente importante sea el sentido y no el término escogido para representarlo. Es por desgracia demasiado fácil caer en el error de valorar el envoltorio en detrimento del contenido – la preocupación excesiva por las palabras lleva a olvidar la verdad que encierran. Pero, en realidad, la importancia que una palabra pueda tener dependerá en exclusiva de la fuerza de la verdad que transmita.

El texto del Salmo 29 nos servirá para ilustrar este punto. En el curso de los tiempos, los fieles cristianos se han regocijado en esa exultante celebración de la magnificencia y poder sin igual de nuestro Dios:

Tributada a Jehová, oh hijos de los poderosos,
Dad a Jehová la gloria y el poder.
Dad a Jehová la gloria debida a su nombre;
Adorad a Jehová en la hermosura de la santidad.

Voz de Jehová sobre las aguas;
Truena el Dios de gloria,
Jehová sobre las muchas aguas.
Voz de Jehová con potencia;
Voz de Jehová con gloria.

Voz de Jehová que quebranta los cedros;
Quebrantó Jehová los cedros del Líbano.
Los hizo saltar como becerros;
Al Líbano y al Sirión como hijos de búfalos.

Voz de Jehová que derrama llamas de fuego;
Voz de Jehová que hace temblar el desierto;
Hace temblar Jehová el desierto de Cades.

Voz de Jehová que desgaja las encinas,
Y desnuda los bosques;

En su templo todo proclama su gloria.

Jehová preside en el diluvio,
Y se sienta Jehová como rey para siempre.
Jehová dará poder a su pueblo;
Jehová bendecirá a su pueblo con paz.
(Salmo 29)

Este Salmo es ciertamente uno de los más antiguos de entre los que han llegado hasta nosotros. Ahora bien, ¿qué pensarías si se te dijera que esta hermosa poesía fue adaptada de un himno pagano en honor de Baal como divinidad de la lluvia? En el ámbito de la investigación de los textos bíblicos, es un hecho frecuente constatar las semejanzas con la literatura semita ugarítica. Al adaptar esta composición a la visión que el pueblo de Israel tenía de su Dios, el salmista evidenció una encomiable flexibilidad. Es un hecho, pues, que los israelitas no tenían inconveniente en hacer una “conversión”, allí donde se hiciera necesario, en su deseo de ofrecer lo mejor que conocían a su propio Dios. A lo largo de muchos siglos, Dios ha estado recibiendo la adoración de Su pueblo desde la base de un trasfondo pagano.

Sin embargo, a Dios no parece importarle, ni sentirse en peligro, por esa adaptación contextualizada; o por el uso de metáforas y simbología – rayos, truenos, temblores de la tierra – característicos de una poesía idólatra. Al encajar tanto en su forma como en su fondo, es muy probable que el Salmo 29 causara un tremendo impacto en su tiempo. ¿Somos capaces realmente de darnos cuenta de hasta qué punto fue así? El apóstol Pablo se sirvió de la cita de un poeta pagano al dirigirse a los atenienses (Hechos 17:28) y los hermanos Wesley no dudaron en utilizar melodías populares de taberna en la composición de unos himnos religiosos que ejercieron una gran influencia en su momento. El tomarse igual libertad en nuestros días bien podría resultar en idénticos resultados satisfactorios.

TRASLADANDO LAS IDEAS A PALABRAS

En partes de Papúa Nueva Guinea (PNG), las batatas y el cerdo son la dieta básica y el producto de trueque e intercambio. Si se produce un malentendido entre dos personas, o familias, o comunidades, puede ofrecerse un cierto número de esos animales en compensación por la ofensa o la deuda contraída. El cerdo es el menú principal en las celebraciones de concordia tras el cese de hostilidades entre rivales. De ahí que este pueblo entienda de forma espontánea que Dios se reconciliara con la humanidad en base al sacrificio de un animal. Para el pueblo hebreo el animal aceptable era un cordero pascual, siendo Jesús ese Cordero de Dios. En una reciente visita a la región oriental de PNG, les pregunté por separado a dos residentes nativos si no resultaría más apropiado, dadas las costumbres de ese pueblo, utilizar la figura del cerdo en sustitución de la del cordero. Ambos coincidieron en que desde luego que sí. Sin embargo, las reacciones en Occidente han sido de lo más violento al tener noticia de semejante atrevimiento. Afortunadamente, en otras partes del mundo, mis oyentes han aceptado agradecidos esa nueva libertad de expresión. Ciertamente, puede que yo no sustituyera un animal por otro en la Biblia impresa, pero desde luego no vacilaría en hacer referencia al cerdo al explicar el sacrificio de Jesús. En Myanmar, un pastor no pudo menos que exclamar gozoso, “¡Qué gran idea para trasladar significados!” veamos ahora, pues, algunas de sus posibilidades en el terreno de lo práctico.

Hay obreros cristianos responsables en particular de la tarea de verter a las lenguas nativas los conceptos bíblicos fundamentales. Lo cierto es que incluso trabajando en el propio entorno cultural, suele en muchas ocasiones ser también necesario verter esos conceptos en un lenguaje más comprensible para las nuevas generaciones. Al plantearnos cómo debería ser una buena traducción, vienen a la mente tres posibles criterios básicos:

1. No deberá parecer una mera traducción.
2. El traductor tendrá libertad para reflejar su vivencia de la lengua.
3. El efecto que cause su lectura tendrá que ser igual al que se deriva en el caso del original.

La mera correspondencia formal de una traducción puede oscurecer su significado. Una traducción equivalente palabra por palabra no es algo posible de conseguir al verter un texto a otra lengua. Una buena traducción no tendría que precisar de notas aclaratorias respecto a su significado. El traductor puede obviar ese problema empleando términos que expresen el sentido sin tener que emplear por fuerza el vocabulario del original. La explicación viene así a formar parte del propio texto, sin necesidad de notas aclaratorias. Las traducciones que se empeñan en seguir el texto original al pie de la letra acaban siendo incomprensibles. Los autores del texto original de la Biblia aspiraban a ser comprendidos, no admirados. Las grandes barreras culturales y lingüísticas que nos separan del original y las nuevas versiones, requieren de nosotros un esfuerzo extra por tratar de preservar y comunicar en libertad el auténtico significado.

El contexto de cada caso también afecta al aspecto concreto de la verdad que haya de transmitirse. ¿Qué significa, en realidad, “vida abundante”? La vida cristiana tiene un valor tanto cualitativo como cuantitativo. La vida abundante es eterna y sin fin, pero también es, en el presente, real y plena de significado. Esta verdad puede ser vista desde dos ángulos: 1- Gozamos de una existencia que de forma primaria se extiende para siempre y que, secundariamente, tiene sentido en el aquí y ahora. 2- Gozamos de una existencia que, en primer lugar, es real y con significado aquí y ahora, y que, secundariamente, se prolongará por la eternidad. Si nuestro interés al comunicarse va orientado hacia el receptor, lo lógico será enfatizar el aspecto que mejor convenga en función de esa audiencia. Tomemos el caso de los Estados Unidos. Hay gentes en la escala social menos favorecida para las que el alimento básico será su interés más inmediato. Para esas personas, la vida abundante en el “aquí y ahora” sería lo primordial. En cambio, para aquellos que gozan de una existencia acomodada, pero temen a la muerte, una vida abundante que se prolongue “eternamente” sería la auténtica buena noticia. En algunos casos, sin embargo, puede que ese orden se invirtiera – los privilegiados anhelarían una vida presente más plena de sentido, y los desheredados de la fortuna pensarían con gozo en ese cielo prometido. Un comunicador sensible se plantea las necesidades de sus receptores no cristianos. Lamentablemente, suele ser el caso que se dispara a ciegas en la vana esperanza de alcanzar algún buen objetivo. El plantearse por anticipado el contexto receptor nos permitirá decir quizás menos pero con mucha mayor eficacia.

EL HANDICAP AMERICANO

Los norteamericanos son viajeros habituales. Sin embargo, no suelen mostrarse muy sensibles a la dinámica cultural propia de la tarea misionera. No existe cultura autóctona que sea superior en todo a otras culturas. Los Estados Unidos es, por el presente, la nación más poderosa desde la perspectiva de la economía, la tecnología, y la supremacía militar. En consecuencia, el pueblo norteamericano ha asumido, de manera un tanto inconsciente y no intencionada, un etnocentrismo muy poco saludable. La superioridad en determinadas áreas ha dado pie a un orgullo desmedido. Esa debilidad de carácter puede tener consecuencias desastrosas en más de un área. Al moverse por un mundo distinto al occidental, las propias ventajas económicas y tecnológicas nos resultan evidentes. En cambio, los puntos fuertes de aquellos entre los que nos movemos no nos resultan tan evidentes. Puede, así, que se nos pasen por alto cualidades tan valiosas como la lealtad familiar, la humildad ante el otro, la voluntad de ceder, la ausencia de sofisticación, el sentido innato de la hospitalidad y la honra mostrada al extraño.

En cierta ocasión permanecí por espacio de cuatro días en casa de un carpintero en el África oriental. A la hora de dormir, mis anfitriones habían preparado una colchoneta de espuma, acomodándome en el espacio que correspondía a su sala de estar. Llegado el momento de acostarse, procedían a retirar mesita de café y sofás para hacerme sitio. En el cuarto contiguo se encontraba el pajar donde se alojaban las gallinas que constituirían nuestra fuente de alimento a lo largo de la semana a razón de ¡dos piezas por día! En esa casa nos juntábamos a la hora de comer nada menos que 12 personas, lo cual nos daba un cierto aire de comunidad. Mis oraciones matutinas las hacía paseando por los alrededores; allí todo el mundo cumplía con sus asuntos a la vista de los demás. Mi anfitriona se había ofrecido muy amable a hacer mi colada y yo había aceptado encantado. El afeitado lo hice por el sistema Braille (no había ningún espejo disponible) a la puerta de la casa, en una palangana con agua templada. La casa incluía dos dependencias externas – un retrete y un cuarto con una bañera donde yo me bañaba a diario. En ese cuarto, que no estaba solado, había junto a la bañera una piedra de tamaño regular para evitar en lo posible mancharse los pies de barro al salir. El que se formara barro era algo inevitable por tener uno que aprovisionarse de agua de un balde de madera situado junto a la bañera. La hora del baño marcaba el momento, y el lugar, donde mudarse de ropa. Mi formación en estudios interculturales, junto con los años pasados viajando y viviendo en otras partes del mundo, me habían preparado para situaciones semejantes, y lo cierto es que no se me pasó siquiera por la cabeza el plantearme lo insólito de las circunstancias. Sin embargo, a punto ya de finalizar mi estancia, se me hizo evidente algo en lo que no había caído en la cuenta hasta ese momento. Para gran sorpresa mía, mi anfitriona había tenido que limpiar, guisar, lavar y proveer de agua para las restantes necesidades ¡acarreado ella misma el preciado líquido desde un poblado algo distante del suyo propio! Al enterarme de esa circunstancia, agradecí aún mucho más su cordial hospitalidad. De hecho, una oleada de remordimiento me estremecía cada vez que pensaba en lo desconsiderado, aunque inadvertido, de mi comportamiento. Mi entorno cultural no me había preparado para apreciar en todo su valor el uso de un agua tan trabajosamente conseguida. Y menos aun me había capacitado para pensar en ofrecer mi ayuda para el acarreo. El pueblo norteamericano está ampliamente provisto para adquirir billetes de avión, pero carece, en cambio, del trasfondo necesario para anticipar las circunstancias ajenas. Esa merma sólo podrá ser superada en base a un esfuerzo consciente. Si fuéramos capaces de actuar con mayor humildad y consideración hacia los otros, los cristianos norteamericanos desplazados a tan distintos y lejanos lugares del mundo podríamos llegar a ser una tremenda fuerza benefactora. Nuestros gentiles anfitriones de otras tierras sí que están

dispuestos a tener en consideración nuestras deficiencias, y obran generosamente en consecuencia. Por nuestra parte, deberemos esforzarnos por no mostrarnos arrogantes ante circunstancias tan distintas a las nuestras. El hecho de que nuestra cultura no conceda excesivo valor a la callada humildad, a la paciencia, al servicio a los demás, y a su honra, nos impide en demasiadas ocasiones apreciar en su justo valor la amabilidad dispensada. Con ello, no estaremos sino forzando a nuestros gentiles a anfitriones a excederse aún más en obsequio nuestro.

En los párrafos anteriores hemos tenido oportunidad de dar un repaso a los distintos puntos positivos de cada entorno cultural. Pero, procedamos ahora a tratar de desenredar una madeja aun más enmarañada. ¿Quién tiene la autoridad necesaria para decidir qué es pecado – el misionero occidental o la cultura local? Evidentemente, los principios absolutos que la Biblia contiene no son negociables. Sin embargo, dado que la adoración y la honra que Dios merece pueden adaptar formas muy distintas según los diferentes entornos, la confusión y el malentendido pueden hacer muy pronto su aparición. Visto desde esa perspectiva, ¿deberían los cristianos inclinar respetuosamente la cabeza ante la tumba de los progenitores en el aniversario de su fallecimiento? Esta cuestión en concreto ha sido motivo de continuo y dilatado debate en China y en Corea dando lugar a una división de pareceres prácticamente irreconciliable. Hay quien sostiene que esa inclinación de cabeza atenta contra el primer mandamiento de la Ley de Dios – tan sólo Él es digno de esa honra. Otros, en cambio, creen que incumplimiento del quinto de esos mandamientos (honra a tu padre y a tu madre) si no lo hicieran así. Tanto los europeos, como los africanos, los latinoamericanos y los asiáticos deberían sentirse libres de cumplir con su propia conciencia, sin tener que vivir pendientes de mentalidades que les son ajenas. El pecado, en algunos casos, podría ser definido en función de la aplicación de los principios bíblicos a cada cultura local y dado su propio contexto.

EMPEZAREMOS ALLÍ DONDE ESTÉN LAS PERSONAS

Dios mismo trabaja en un principio con nosotros allí donde nos encontremos, haciendo todo lo necesario para ayudarnos a crecer y progresar. Sería, pues, justo que nosotros hiciéramos lo mismo con los nuevos conversos. Sin embargo, nuestro etnocentrismo, y nuestra falta de objetividad, nos impide a menudo mostrarnos todo lo magnánimos que deberíamos ser. Dios está dispuesto a aceptarnos allí donde nos encontremos. Está dispuesto incluso a llevar a efecto en nosotros el proceso de crecimiento necesario de forma gradual, esto es, según las pautas morales de cada distinto entorno cultural, para, posteriormente, inculcar los nuevos ideales de comportamiento a la luz de un conocimiento creciente de nuestro Señor. La poligamia, la esclavitud, el vicio del tabaco, son ejemplos de posibles áreas de renovación en las que habrá que conceder un tiempo prudente de respuesta. El apóstol Pablo no exigió la liberación inmediata de los esclavos. La orientación de nuestra vida y nuestra lealtad de fondo habrán de cambiar al convertirse al Señor, pero siempre habrá cuestiones y hábitos circunstanciales que pueden que hayan de pasar incluso generaciones para que el paradigma cambie por completo. El poner excesivo énfasis en la necesidad de cambio en el umbral mismo de la conversión no es sino exigir una respuesta que Dios mismo no requiere en ese primer nivel. Al hacerlo, no estaremos sino retardando el flujo de las conversiones. En el campo de la misionología, el “punto de partida” y el “proceso” son factores clave en ese apartado. De hecho, es un concepto vital, ya que, a nivel de evangelización mundial, puede ayudarnos a juzgar menos y a, más importante aún, fomentar la confianza en sí

mismos de los recién llegados a la fe. Dios parece estar menos preocupado por la pureza de la doctrina que por la pureza de los corazones.

¿Qué pasa, pues, en el caso de la poligamia? ¿Podrían admitirse en un principio los votos matrimoniales de la generación que acepta a Cristo, para proceder a continuación a inculcar los valores de la monogamia cristiana? En un vuelo de Dar Es Salam a Arusha, tuve ocasión de debatir este punto con una señora natural de Tanzania. En su opinión, muchos africanos optan por el Islam dado que el cristianismo no permite tener más de una esposa. A mí me causó un gran pesar el oír algo así. El imponer la monogamia forzosa de manera inmediata en un ámbito de costumbres tan distintas supone tener que hacer concesiones para múltiples divorcios, causando una gran conmoción social. Si insistimos en la implantación de la monogamia de forma automática, ¿qué haremos respecto a la habitual enseñanza normativa sobre el divorcio? ¿Es realmente necesario pasar por esa conmoción para poder ser cristiano? La mujer de una sociedad polígama puede sentirse más segura en ese ámbito que aquella otra que viva en una sociedad monógama en la que pueda divorciarse cuando se le antoje. Lo tenido habitualmente por “monogamia”, puede ser, habida cuenta la facilidad de divorcio y nuevo casamiento, una práctica más o menos encubierta de una poligamia en serie. En realidad, la poligamia, en sociedades en las que se concede mayor importancia a la seguridad que a la libertad, resulta algo atrayente. De hecho, en esas sociedades, la mujer que “estuvo casada” deja de tener aceptación social, y suele acabar prostituyéndose. Al trabajar con personas de culturas diferentes, hemos de estar dispuestos a hacerlo a partir de su propio contexto cultural. Con la ayuda del tiempo y el poder de la instrucción, podrá hacerse realidad un hermoso proceso de conversión social. Puede incluso que la siguiente generación adopte la monogamia como costumbre propia.

EL PAPEL DEL ESPÍRITU SANTO

El apóstol Pablo no podría haber llegado a cubrir tanto terreno, y con tanta rapidez, si se hubiese detenido en cada lugar a solucionar los problemas propios de la creación de nuevas iglesias. En cambio, él no dudó en dejar en manos del Espíritu Santo cuestiones tales como las finanzas, la disciplina en la iglesia, y la administración de la comunidad fraterna. Ciertamente su propósito era ir cubriendo sucesivas áreas. Y, a lo largo de los años, se esforzó por mantener el contacto con las iglesias donde había impartido enseñanza y ministerio. Pero, aun así, confiaba en la tarea de renovación que el Espíritu Santo llevaría a efecto en los líderes locales. Al reconocer que el Espíritu Santo va a obrar en nuestras vidas para guiarnos a la verdad, estaremos implícitamente reconociendo que esperamos que lo vaya a hacer asimismo en las vidas de otros.

Son muchas las diferencias doctrinales que existen entre los propios creyentes. La capacidad para tolerar posturas y pareceres distintos dentro de los límites de la verdad bíblica, será indicio de una auténtica madurez cristiana. Nada más fácil para dos cristianos que distanciarse por cuestiones relativas a María o la Trinidad. ¿Qué ocurriría si nos esforzáramos, en cambio, por hallar un punto común de encuentro? Todos aquellos que reciban a Cristo como su salvador pasan a ser hermanos nuestros en la fe. Nuestra responsabilidad es la de aceptarlos con independencia de posibles discrepancias. No es ningún imposible encontrar líneas de pensamiento común dentro de la multiplicidad de la expresión cristiana, adaptándose cada una de ellas a cada contexto particular.

Una teología culturalmente específica siempre tendrá mayor impacto en su entorno. Sin embargo, esa misma teología podrá no resultar tan eficaz al tratar de solventar necesidades propias de otros contextos. Muchos tratan de reaccionar ante ese hecho produciendo una teología de proporciones universalistas. El problema suele ser que esos paliativos abundan en generalizaciones desatendiéndose las cuestiones culturales concretas. En realidad, ¿no saldría ganando el cuerpo de Cristo en variedad y formato si dejáramos al Espíritu Santo en libertad para operar, y tener mayor impacto, dentro del seno multiforme y colorista de las Iglesias nacionales? ¿Estaría bien entonces (por poner un caso) que los conversos recurrieran a las hierbas prescritas por el brujo en caso de enfermedad? Esa fue precisamente la pregunta que se me hizo con ocasión de un seminario pastoral que tuvo lugar en Uganda en la ciudad de Kampala. Mi respuesta fue que no veía inconveniente siempre que se hiciera no por haberlas recomendado el brujo, sino por confiar en las propiedades curativas de la planta en sí. Sin embargo, el intérprete local se tomó la libertad de añadir su propia opinión. Según él, esas hierbas no deberían tomarse porque servirían para mantener el prestigio del brujo. Posteriormente, compartí esa experiencia en Bangladesh. Uno de los pastores presentes estaba convencido de que los cristianos no tienen que temer a los demonios, pues mayor es el poder que nos asiste mediante la fe. Con lo cual no habría razón alguna para no tomar esas hierbas. Según opinión ponderada de un norteamericano, un africano, y un asiático, la postura a seguir podría variar sustancialmente. A distinta situación coyuntural, distinta solución personal.

¿Ha de ser obligado mostrar en alto la Biblia, y besarla reverentes, para dejar patente que es en verdad un libro santo y sagrado? Algunos misioneros musulmanes parecen estar convencidos de ello y se esfuerzan por promover su idea. En realidad, eso es lo que se hace con el Corán. En consecuencia, a los cristianos se les tiene por impíos e irreverentes por no hacer lo mismo con su Libro Santo. ¿Es obligatorio que los creyentes celebren la Navidad y la Pascua? ¿Han de seguir usando velo las mujeres? La teología predominante en el mundo occidental se permite ignorar ampliamente muchas de esas cuestiones culturales geográficas. Pero lo cierto es que el Espíritu Santo ha estado obrando a lo largo de los siglos para que los distintos pueblos pudieran ir adoptando las costumbres que mejor encajaran con su entorno natural. Nuestro cometido debería ser el de confiar en Dios para que ayude a las gentes a encontrar su propia teología a la luz de su visión de las cosas y según sus propias necesidades.

Volvamos una vez más al principio. ¿Se acuerda mi lector de Rafique? ¿Lo habría animado a expresar su fe según su entorno cultural? ¿Le habría pasado el programa cristiano propio de Occidente, aconsejándole que lo adaptara al propio entorno cultural? ¿Le habría advertido que omitiese todo cuanto no encajara en ese contexto? ¿Le habría dado libertad para plantear otras posibles cuestiones pertinentes en esa sociedad? ¿Y habría seguido aceptándole como hermano en la fe aun a pesar de que él no usara el término cristiano en su proclamación de Cristo, y continuara dirigiéndose a Alá en su mezquita? ¿Ofende a su cristología que Rafique se refiera al Señor como el “Santo” y no como el “Hijo de Dios”? ¿Está dispuesto a dejar que su gente llegue a la salvación a través de “Isa” y que rinda adoración a Alá del modo en que Rafique les enseñe? Aun siendo el caso que las respuestas más fáciles nos eludan respecto a Rafique y su situación, lo cierto es que él ha ganado a muchos para la fe, estando ahora todos ellos activos en diversos grupos distribuidos por todo el país. El posible número de creyentes, claro está, no prueba en sí lo correcto de su postura. Sin embargo, ese esfuerzo suyo por

contextualizar abre una puerta de esperanza en un terreno hasta ahora impenetrable. Haríamos bien en recordar más a menudo las palabras de Jesús a Nicodemo. En nuestro caso, ¿qué estamos haciendo por llegar a los inmigrantes que viven a nuestro lado, o por los jóvenes que nos rodean? ¿Cómo podríamos acercarnos a su realidad vital sin mostrarnos críticos?

No es ni mucho menos obligado que todo el mundo tenga las mismas opiniones que nosotros en cuestiones de carácter secundario. Lo verdaderamente importante es que las personas lleguen a conocer y creer la verdad acerca de Cristo desde su propia óptica. El hacer requisito indispensable que todo el mundo tenga nuestra misma opinión al respecto no haría sino retardar de forma considerable el crecimiento de la iglesia de Cristo en el mundo. Según datos recientes, la diversidad cultural está aumentando muy rápidamente en los Estados Unidos. Esa sería, pues, una razón más para que el cristiano avisado se muestre oportunamente sensible a las distintas demandas culturales, planteándose las necesidades específicas de la cultura receptora, y planteando, a su vez, las preguntas más oportunas, y prestando atención expresa a las respuestas.

El exigir de otros aquello que mejor encaja con nuestras creencias y costumbres puede que sea lo más fácil, pero difícilmente será lo más productivo. Personalmente, estoy firmemente convencido de los muchos beneficios que se derivan de una actividad misionera que busca “encarnarse” en cada nuevo entorno. En modo alguno puedo permitirme eludir mi obligación de esforzarme cuanto me sea posible por “llegar” al mundo del otro. Mi más ferviente súplica es que el Espíritu Santo prospere un acercamiento no sólo geográfico sino también cultural. Al evidenciar una sensibilidad contextual, las posibilidades de impacto de la salvación que anunciamos serán mayores. Nuestra presentación tendrá verdadero cuerpo – y será más como Jesús.